

tiendo carácter religioso, los Holandeses echaron los cimientos de su reforma política é iniciaron á los Ingleses en la lucha parlamentaria y en la resistencia á la monarquía, debiéndose á ellos, la idea generadora de la independencia americana, de lo mejor y más granado de la revolución francesa, y del espíritu, que lenta, pero seguramente, se ha ido cumpliendo en todos los pueblos, inspirándoles amor, esperanza y fe en la libertad.

XIII

ÚLTIMOS AÑOS DE GUILLERMO EL TACITURNO

Era indudable para la República holandesa, que el príncipe de Orange rehusaba la soberanía, que las Provincias Unidas querían concederle. De su aceptación dependía que la República, exceptuando las provincias walonas, hubiese comprendido todos los Países Bajos; ó lo que es lo mismo, toda la costa desde la desembocadura del Ems hasta Dunkerke. Guillermo hubiera reprimido las violencias democráticas de Gante, las intrigas de los nobles flamencos, y la reacción católica de Bélgica. Con mejor fortuna que lo hizo el de Parma, el de Orange podía extender por tierra la gloria de su país, del mismo modo que por mar. También es cierto que la negativa de Guillermo se debió en parte al deseo de que no pudiera creerse, que designios de ambición personal informaban su resistencia al rey de España. Mucho influyó, asimismo en su conducta, el profundo convencimiento que siempre tuvo, mientras duró la guerra, de que nada definitivo lograrían sus partidarios contra las armas del tirano Felipe, sin el auxilio de Francia ó de Inglaterra, ó de ambas unidas. Ni él, ni ninguno de los suyos, sospecharon jamás la importancia de los recursos propios de la joven república. Por esta razón se entablaron negociaciones con

el de Anjou, fiando Guillermo en los auxilios que el rey de Francia prometió dar á las Provincias Unidas. Se sabía que la reina madre Catalina de Médicis, deseaba ardientemente que su hijo fuese soberano de los Países Bajos, y que la política francesa dominara en las Provincias Unidas; todo lo cual hacía que el de Orange no abrigase duda alguna acerca del socorro que esperaba de Francia. No sucedió así. Los cortesanos del francés, los *lindos*, como se les llamaba, se habían vendido á Felipe; pues el monarca español, si descuidaba pagar á sus tropas, derramaba á manos llenas el oro para sobornar á los que podían prestarle algún servicio. Acaso no hubo rey alguno que gastase más en estos tratos, con menos resultado.

En tanto que las negociaciones seguían su curso, el de Anjou se hallaba empeñado en conquistar el corazón de Isabel; empresa, en verdad, que causó risa á los Ingleses y cólera á los Flamencos. Supo el de Parma aprovecharse de las circunstancias y del estado de división de los Países Bajos. Se apoderó de Tournay y de otras plazas, antes de que el duque de Anjou arribase á Flesinga. Llegó, al fin, el 10 de Febrero de 1582, y en seguida fué proclamado en Amberes. Acompañábale un séquito brillante de caballeros ingleses, Leicester, sir Felipe Sidney y otros, los cuales contribuyeron después á la consolidación de la República holandesa.

Veamos, ahora, los efectos que produjo el edicto, poniendo precio á la cabeza del príncipe de Orange. Para celebrar el cumpleaños del duque de Anjou, el domingo del 18 de Marzo de 1582, Guillermo de Orange convidó á su mesa á algunos de sus parientes. Terminada la comida, y cuando todos se dispo-

nían á salir, se adelantó un joven, y le dió un papel. Tomólo el de Orange, y mientras lo desdoblaba, el mensajero, apuntando á la cabeza, le hizo fuego con una pistola. La bala penetró por debajo de la oreja derecha, atravesó la boca, y salió por la mandíbula izquierda. Creyóse mortal la herida.

El asesino murió allí mismo, á manos de los que acompañaban al príncipe de Orange. Reconocido el balazo por los médicos, opinaron, que si bien era peligrosa la herida, como no sobreviniesen complicaciones, el paciente no tardaría en sanar.

En el ánimo de los Flamencos, nació entonces una horrible sospecha. Creyeron que el príncipe había sido víctima del duque de Anjou. Á los ojos del pueblo, aquello era el sangriento preludio de matanzas como la de San Bartolomé, en la cual perdieron la vida tantos bravos y nobles franceses. Los celos se desvanecieron pronto. Habiéndose registrado las ropas del criminal, se vió que los papeles encontrados estaban escritos en castellano: indicio casi seguro, de que si existía conjuración, no era francesa, sino española. Tenía en los bolsillos, además, una daga que habría empleado, acaso, si al disparar la pistola no le hubiese destrozado el dedo pulgar de la mano derecha; un escapulario, un libro de rezo, una cartera con dos letras de cambio españolas, una de éstas de 2.000, y otra de 877 coronas; y varias oraciones escritas, en las cuales invocaba á la Virgen Maria y al arcángel Gabriel, para que le confortasen en el cumplimiento de su deber, y le auxiliasen, ofreciéndoles místicos presentes si salía salvo de su empeño. Parece ser que los instigadores del crimen le hicieron creer, que una vez ejecutada la obra, él quedaria invisible á todos.

Pronto se supo que aquel hombre se llamaba Juan Jáuregui, criado español de un tal Anastro, también comerciante español, establecido en Amberes. Desapareció éste; pero su cajero Venero y el fraile Antonio Zimmermann fueron presos. Anastro, que se hallaba á punto de quebrar, pidió á Felipe como precio del crimen que debia realizar, la cruz de Santiago, y 80.000 ducados. Anastro, demasiado prudente para ejecutarlo por si mismo, confió á Jáuregui su realización, mediante la cantidad que el asesino llevaba en su cartera, huyendo aquél á Dunkerke. Á pretexto de conducir cartas importantes del almirante de los Estados, y antes que trascendiese la noticia del suceso, obtuvo un pasaporte y consiguió ponerse en salvo en las líneas del duque de Parma. El contrato estaba firmado de puño del rey y sellado con su sello. Venero y Zimmermann confesaron su participación en la conjura, y fueron ejecutados diez días después del hecho.

El principe de Orange iba restableciéndose poco á poco. El 5 de Abril una gran hemorragia puso en cuidado á todos y llegaron á creer en la muerte del enfermo; pero el cirujano del de Anjou contuvo la sangre, comprimiendo la herida con los dedos, y en esta operación alternaron después sus ayudantes día y noche, hasta que por este medio lograron cerrarla. Curado el principe de Orange, su primera salida, en el día 2 de Mayo, fué para dar gracias á Dios en la catedral de Amberes. Tres días después, el 5 de Mayo, murió Carlota de Borbón, mujer de Guillermo, contribuyendo á ello las angustias y zozobras sufridas desde antiguos tiempos. Recluida siendo joven en un convento contra su voluntad, hubo de fugarse de aquél; y rechazada por su familia, unió su desti-

no al principe de Orange, para continuar su vida de sinsabores, azares y penalidades.

Sabedor el duque de Parma por Anastro del atentado, y persuadido de la muerte del principe de Orange, dirigió cartas circulares á las ciudades rebeldes, excitándolas, puesto que ya no existia el tirano, á volver á la obediencia de Felipe y de la In-



GUARDIAS HOLANDESES DE GUILLERMO III.

quisición. Si la noticia no se hubiera desmentido pronto, quizás el de Parma hubiese logrado sus deseos; restablecida la verdad, los ciudadanos cobraron más brio y arrojo. Holanda y Zelanda apremiaron entonces al de Orange para que aceptara la soberanía sobre las dos provincias: cargo que admitió al fin; pero tantas largas dió á la posesión, que murió antes de desempeñarlo.

Como las Provincias Unidas habian reconocido al duque de Anjou en vez de Felipe, el de Parma convenció á los walones de la necesidad de movilizar, como lo llevó á efecto, masas de tropas españolas é italianas, ya que carecian de cumplimiento las cláusulas bajo las cuales fueron despedidos los soldados extranjeros. En poco tiempo llegó á reunir 60.000 soldados, perfectamente equipados, y con ellos se apoderó, antes de acabar el año, de dos ó tres ciudades importantes. Asi las cosas, en Julio, y por instigación del de Parma, estuvieron á punto de morir envenenados el de Anjou y el de Orange. Entre los culpables, apareció complicado, ó por lo menos, sospechoso de complicidad, un hijo del gran conde de Egmont, á quien dos años antes habia favorecido Guillermo con auxilios pecuniarios.

Hasta el 15 de Enero de 1583 siguieron en buena inteligencia el de Anjou y Orange; mas en aquella época, faltando el francés á sus compromisos y á su juramento, intentó infringir la constitución, apoderándose con su gente, por un golpe de audacia, de Dunkerque, Ostende y otras plazas. Favorecióles la suerte en algunas partes, quedando derrotados en Brujas y Amberes, y perdiendo aqui 1.500 hombres. Anjou apeló á la fuga. Este suceso se designa y conoce en la historia con el nombre de *Furia Francesa*. Como aun seguia creyendo Guillermo de Orange, que la benevolencia y auxilio de los Franceses eran necesarios á su objeto, no rompió con Anjou de una manera definitiva, hasta que acertó á descubrir los tratos que tenia con Farnesio para restaurar el reinado de Felipe II en los Países Bajos. En vista de lo cual, propuso á los Flamencos, ó rendirse al rey de España, perdiéndolo todo, ó invitar al de Anjou á

dejar su gobierno, ó lanzarse con resolución á la lucha. Por su parte, optó por el último remedio, aunque sabia, desgraciadamente, que la unión de los Países Bajos, excepción hecha de Holanda y Zelanda, era irrealizable quimera.

El duque de Anjou abandonó los Países Bajos, para no volver más, el mes de Junio de 1583. Juan Casimiró se ausentó también. Matias ya no estaba en Flandes. Orange era el único que quedaba para medirse con los Españoles. Contrajo ahora matrimonio con Luisa de Coligny. De este enlace nació Federico Enrique, sucesor de Mauricio en la soberanía ducal, uno de los más ilustres de la esclarecida descendencia de su padre, y jefe insigne de Holanda. Á Guillermo el Taciturno sucedieron Mauricio, Federico Enrique, Guillermo II, Guillermo III (rey de Inglaterra) y Guillermo IV. Los Estados de las Provincias Unidas ofrecieron nuevamente la soberanía á Guillermo, volviendo éste á rehusarla, como también la del ducado de Brabante. Entretanto, el de Parma iba recobrando las ciudades, que de un modo igualmente traidor, tomó y abandonó el de Anjou. Orange hubo de sufrir la traición de su cuñado, Van der Berg. En medio de tantas contrariedades y peligros, de intrigas y de alevosias, de fiarlo y de temerlo todo del duque de Anjou, murió éste en 10 de Junio de 1584.

Desde que se promulgó el edicto contra la vida del de Orange, se habian cometido cinco atentados, dispuestos por el rey de España, ó por Alejandro Farnesio, ó por ambos. Hallábase Guillermo en Delft, pequeña ciudad cerca de Rotterdam, á principios de Julio, y celebraba el natalicio de su hijo menor á quien habian puesto el nombre de sus padrinos, Federico

de Dinamarca y Enrique de Navarra. Entonces recibió la noticia de haber muerto el duque de Anjou.

Deseando Guillermo conocer algún detalle de la muerte del de Anjou, mandó entrar, el día 8 de Julio, al mensajero que traía los pliegos. Era un joven como de veintisiete años, hijo, según manifestó á su interlocutor, de un calvinista asesinado y ardiente partidario de las nuevas ideas religiosas. En realidad era un católico fanático, que se había propuesto asesinar á Guillermo de Orange, para merecer mejor la vida eterna. Siete años hacia que maduraba su proyecto al calor de su exaltación mística, y en aquel tiempo, se puso en relaciones con el duque de Parma. Farnesio aunque no formó de él buen concepto, prometió recompensarle si mataba al principe. Cuando el crimen estuvo consumado, Felipe pagó generosamente lo ofrecido á los padres del asesino, haciéndoles merced de cartas de nobleza, con una pensión sobre los estados del primogénito de Guillermo el Taciturno.

El nombre verdadero de aquel malvado era Baltasar Gérard; pero él se hacia llamar Francisco Guión. Lo único que preocupó su espíritu y reprobó, después de haber dado muerte al principe de Orange, fué la falsificación de unos sellos; supercheria de que se valió, para mejor realizar su empeño. Este detalle completa su retrato; sobre todo, si se advierte, que al estipular el precio de su infamia, cuidó, con celo filial, que se diese á sus padres, en defecto suyo, lo que á él le correspondia. De modo que, si con sus escrúpulos por la simulación de los sellos, debía ser ennoblecido su linaje por Felipe, por su afán para asegurar tranquila vejez á sus progenitores, con la mal adquirida ganancia, merecía

contratar con quien le cumplió el pacto. Se deberá advertir, que el de Parma, tan poco crédito dió á Gérard, que le dejó marchar casi desprovisto de re-



EL ASESINATO DEL PRÍNCIPE GUILLERMO DE ORANGE.

ursos; hasta el punto, que el asesino debió á la generosidad de Guillermo el dinero para comprar las homicidas pistolas.

El crimen se verificó á las dos de la tarde del jueves 12 de Julio de 1584¹. Á no haber tropezado y caído Gérard cerca del caballo con que debía huir, se habria salvado; que fué tal la confusión del primer momento por acudir al socorro del herido, que ninguno pensó en sujetar al matador. Gérard, no sólo confesó su delito, sino que se vanaglorió de él, callando únicamente la participación del duque de Parma. Sin embargo, la voz pública lo condenó como principal agente de aquella maldad. Gérard fué torturado de una manera horrible, soportando el tormento con la fortaleza y serenidad de un mártir. Si Guillermo hubiera vivido algunos días más, no hubiese consentido la cruel tortura. Gérard fué ajusticiado el 14 de Julio.

¹ Cabrera escribe: «No sobrevivió el príncipe de Orange al duque de Alanzón apen's un mes, porque en Delft, Holanda, en el monasterio de Santa Ágata, donde habitaba, fué muerto á 20 de Julio por Baltasar Gerardo, borgoñón, de Villafar, mozo de 30 años, deseoso de quitar del mundo el mayor enemigo de la Iglesia católica y del rey don Felipe. Para este gran hecho cambió su nombre en el de Francisco Guirón de Bizanzón...» O. c., parte II, lib. I, cap. VIII. p. 52. El príncipe de Orange fué asesinado en 10 de Julio de 1584: según Philippon, *La Europa Occidental*, p. 199; Lafuente, o. c., t. XIV, p. 187; y Leti, *La vie de Philippe II*, t. IV, p. 485. Es de creer que la fecha del historiador Cabrera sea la cierta, y que los últimos no tuvieron en cuenta la reforma del calendario, pues sabido es que Gregorio XIII dispuso que desde el 5 de Octubre de 1582 se pasase al 15. La corrección gregoriana fué adoptada en seguida por los países católicos, pero los protestantes tardaron algún tiempo; Rusia y Grecia todavía no han admitido la reforma.

XIV

PROYECTOS DE FELIPE II

Cuando acaba de desaparecer de la escena el hombre más importante de la independencia holandesa, y el general más ilustre de su tiempo se hallaba en la plenitud de su actividad, no debia Felipe tener grandes dificultades para implantar su dominio en los Países Bajos. Si á esto se agrega los celos y envidias de las ciudades, por cuya razón vivían en perpetua hostilidad unas con otras, y aun dentro de los muros de las mismas habia divisiones y reyertas; si se tiene en cuenta que los ciudadanos vacilaban en vez de estar resueltos, y que eran avaros de sus bienes en lugar de ser liberales, viéndose comprados y vendidos por los mismos en quienes cifraban sus esperanzas, menos difícil debiera haber sido el vencimiento, sabiendo aprovechar la división en beneficio propio. Ciertamente es que Holanda y Zelanda no estaban contagiadas de aquel mal. Las demás provincias que se habian negado á reconocer al duque de Anjou, á pesar de los ruegos de Orange, desconocian su valor, mostrando además poca generosidad y abnegación con su *Padre Guillermo*.

Felipe acarició siempre grandes proyectos de conquista y engrandecimiento, y llegó á aspirar al im-